

XXXIII

—¡Yanski!

Al oír aquel grito, lanzado por Andras, Marsa, retrocediendo ante aquella voz, ante aquella aparición del Príncipe se puso en un salto al lado de Varhely, y sin dejar de mirar hacia aquella puerta en cuyo dintel continuaba Andras hecho una estatua, gritó á su vez toda asustada y presa de un súbito temblor:

—¿Quién va? ¿quién está ahí?

La luz iluminaba por completo á Andras, pero Yanski Varhely, no dándose cuenta de lo que sucedía, no creyendo lo que estaba viendo, se adelantó como para cerciorarse:

—¡Zilah!—exclamó entonces.

Sin explicarse lo que ocurría, miraba á su alrededor, y otro tanto le pasaba al mismo Zilah, que en aquel momento trágico se preguntaba si había en aquello algun misterio, queriendo saber dónde se hallaba Meuko, aquel Miguel Meuko, á quien Marsa esperaba, y que él, el marido, venía buscando para castigarlo.

Pero la más atemorizada, en medio de su mudo asombro, era Marsa, que con los labios trémulos, fijando en el Príncipe sus tímidos ojos, cuya expresión resaltaba más en la mortal lividez

de su semblante, y casi tan convulsa como estaba cuando fué trasladada á la casa de dementes, asida al mármol de la chimenea, contra el cual se apoyaba para no caer, quería no obstante postrarse, suplicante, de rodillas, sí, de rodillas, ante aquel hombre que se le aparecía iuesperadamente como dueño de su vida.

—¿Vos aquí?...—dijo por fin Varhely.—Por lo visto, ¿me habeis seguido?

—¡No—replicó Andras—á quien yo creía encontrar no era á vos!

—¿A quién, era, pues?

—A Meuko.

Yanski Varhely dirigió á Marsa una mirada profunda.

Marsa no se movía.

Miraba al príncipe.

—Miguel Meuko ha muerto—respondió Varhely en tono seco.—Y para anunciarlo á la princesa Zilah, me encontraba yo aquí.

Andras fijó alternativamente sus ojos en el viejo húngaro, que fruncía el entrecejo, y en Marsa, que estaba como petrificada, y en quien toda la vida parecía haberse reconcentrado en su mirada abrasadora como la fiebre que le consumía.

—¿Ha muerto?—preguntó Zilah friamente.

—Le provoqué y le maté—respondió sentenciosamente Yanski.

Andras tenía que hacer un esfuerzo para no ser dominado por aquella emoción que le apretaba la garganta como si padeciese una intensa angina. Al oír decir á Yanski «yo le he muerto»

se puso más descolorido, y apartando sus ojos del viejo húngaro, llevó su mirada á la tzigana, espiondo instintivamente la impresion de Marsa.

La jóven ni siquiera se habia estremecido.

La noticia de aquella muerte, referida así de aquel modo en presencia del hombre á quien ella consideraba dueño de su existencia, la dejó friamente insensible, porque su atención no se paraba en aquello, sino que toda su vida la reconcentraba en aquel ser que la despreciaba, que la aborrecía, que huía de ella y que aparecía nuevamente allí, como en uno de los sueños inquietos que él se habia forjado, en aquella misma casa que habia maldecido.

—Existia—continuó lentamente Varhely—una martir que no podia vivir, que no hubiese levantado la frente en tanto que ese hombre viviera.

Por eso vine á decirle á ella antes que á nadie, que estaba ya libre de su pasado humillante. Mañana pensaba ir á decir al hombre, cuyo honor es el mio, que quien le ultrajó habia ya pagado su deuda.

Varhely, más blanco que su bigote, habló como quien pronuncia una solenne sentencia. Era un soldado con el aspecto severo de un juez.

Una extraña llama brilló en el fondo de los ojos de Zilah, y de todo su ser se apoderó repentinamente una impresion no sentida hasta entonces.

Tambien él se creía rescatado, así como libre de cierta sombra odiosa.

¡Meuko muerto!

Y sin embargo, ¡cuánto habia estimado él á

aquel Miguel Meuko, para quien tenia el título afectuoso de «¡Hijo mio!» De entre aquellos tres seres, reunidos en el trágico momento de sus confidencias, quizá el hombre ultrajado por él fuese el único que tuviese para el muerto una idea de piedad, en tanto que el soldado seguia impasible como un ejecutor, y la tzigana no encontraba más que un recuerdo de odio al oír el nombre del que la habia perdido.

¡Meuko muerto!

Varhely cogió de encima de la chimenea del salon el telegrama dirigido por él desde Florencia tres dias antes á la princesa Zilah, y del que Vogotzine habia hablado al principe.

Se lo entregó á Zilah, que de un vistazo se enteró de su contenido.

«Voy á arriesgar mi vida—le decia Yanski Varhely—por vos, y el martes próximo estaré en Maissons-Laffitte ó habré muerto. Mañana me bato con el conde M... Si no me veis, rezad por vuestro afectísimo—Varhely.»

El conde Yanski habia puesto este telegrama antes de la hora fijada para avistarse con Miguel Meuko.

Se convino que el duelo tendria lugar en las inmediaciones de Pistoja, en un campo cualquiera. Los aldeanos que trabajaban por allí, cubriéndose con sus sombreros de paja, se echaron á reír al ver á aquellos hombres que parecian buscar por aquellos parajes algun rincón donde descansar.

Uno de ellos hasta se atrevió á decir con muy buen humor:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Buscáis el camino de los enamorados, signori? No está por aquí.

Yendo hácia el sitio designado, se encontraron con uno de esos penitentes vestido de cogulla y tosco sayal lleno de agujeros, que se dedican á la colecta para los enfermos del hospital, y que poniéndoles delante de sus manos una alcancía de zinc, les habia pedido *l'elemesina*.

Meuko sacó de su portamonedas diez piezas de oro y las echó en el limosnero que le presentaban.

—*Mille grazie, signor!*

—No hay de qué.

A poco llegaron al terreno. Los testigos cargaron las pistolas.

Miguel habia pedido que le permitiesen hablar dos palabras con Yanski.

—Bueno—dijo Varhely.

El viejo húngaro estaba en su puesto, con los brazos cruzados, la cabeza baja y mirando al suelo.

—Conde Varhely—le dijo Miguel adelantándose— os repito que nunca me propuse ultrajar al principe, sino únicamente impedir aquel matrimonio. Os doy mi palabra de honor. ¿Si vos quedais con vida, me prometeis hacer que á él lle gue esta confesion?

—Os lo prometo.

—Gracias.

Se colocaron en línea.

Angel Valla estaba encargado de hacer la señal.

Con las manos levantadas el italiano, desde

su puesto observaba á los dos adversarios, que firmes en sus posiciones, abrochadas sus levitas hasta arriba, tenian ya las pistolas en direccion de la visual, prontos á dejar caer el gatillo.

Varhely no se movia lo más mínimo, como si fuese de granito. Meuko sonreia.

—¡Una! ¡dos!—contó Valla.

Y despues de detenerse un segundo como para respirar, ahogándole la opresion:

—¡Tres!—dijo en seguida en tono seco, cual si pronunciase una sentencia de muerte.

Sonaron los dos tiros.

Varhely, por encima de quien habia pasado la bala, partiendo una rama del árbol que cubria su cabeza, siguió inmóvil.

Miguel Meuko apoyó la rodilla derecha en el suelo y cayó al momento, llevándose la mano al costado izquierdo.

Los testigos se precipitaron hácia él y quisieron levantarle en sus brazos.

—¡Es inútil,—dijo;—la bala está bien dirigida!

Mientras le sostenian hizo una seña, y volviéndose á Yanski gritó con voz que se esforzaba por aparecer entera:

—¡Me lo habeis prometido!

Le desabrocharon la levita y vieron que la bala le habia penetrado en el pecho.

Se ahogaba.

Le sentaron en el suelo, recostándole en el tronco de un árbol.

Allí estuvo con la vista fija quizá en el infinito que se acercaba.

Sus labios se movían, articulando confusamente palabras entrecortadas.

—¡Perdon!... ¡castigo!... ¡Marsa!...

Antes que Varhely hubiese subido al coche que le trajo, el conde Meuko había muerto.

Al ver al conde Yanski muy pálido, que volvía á pasar con sus testigos por delante de aquellos labradores de los sombreros de paja, las muchachas les saludaban con grandes risas, diciéndoles:

—¡Y vuestros amigos, se han encontrado con sus amores?

Y en tanto que ellas continuaron con sus risas, las risas alegres y frescas de los diez y ocho años, por allí cerca llevaban el cadáver del conde Miguel Meuko.

Andras Zilah, procurando mostrar su entereza, apareciendo impasible delante de Yanski y de Marsa, oía á su antiguo amigo evocar aquel pasado de ayer, como la relación del día siguiente á una batalla, y mientras hablaba Varhely, Andras se decía:

—No era á Meuko, no era á un amante á quien esperaba Marsa. Entre él y la tzigana sólo existía un fantasma. ¡El otro había pagado con su vida!

Toda la cólera del príncipe había cesado repentinamente, tanto más cuanto que desde su separación, desde el encuentro con Vogotzine, su excitación nerviosa era violentísima.

Contemplaba á Marsa, flaca, como minada por implacable enfermedad, y sin embargo, le parecía siempre bella, con aquellos cabellos negros

como el azabache, que le bajaban hasta las cejas. La misma fijeza de sus ojos, en los cuales parecía revelarse aún cierta locura tranquilamente muda, aquel azoramiento pasajero, la daban un atractivo raro y poderoso, y en la manera cómo la miraba Andras, el conde Varhely, con su ruda sagacidad, sorprendió una impresión de piedad, una muda admiración, casi un temor.

Estuvo un momento mordiéndose el bigote, en actitud reflexiva y de pronto dió un paso hácia la puerta.

Tanto Andras como Marsa comprendieron que se alejaba del salón.

Entonces ella se separó de aquel mármol en que apoyaba sus manos. Erguida, andando lentamente, mostrando una sonrisa altiva, en la cual brillaba toda la trágica satisfacción de una nobleza reconquistada, alargó su mano á Yanski, y en tono profundo, en el cual se revelaba todo su terrible reconocimiento por aquel acto de justicia llevado á cabo, le dijo gravemente:

—¡Gracias, Varhely!

Varhely desapareció silencioso por el saloncito por donde había entrado el príncipe.

Después de dos meses de tormentos, de angustias y de desesperación, aquel hombre y aquella mujer se encontraron solos frente á frente el uno del otro.

El primer impulso de Andras fué huir.

Tenia miedo á sí mismo. ¿A su cólera? Tal vez, Quizá también á su compasión.

No fijó su mirada en Marsa.

Momentos ántes la habia contemplado detenidamente y habia notado con profunda pena cuán crueles debian haber sido sus sufrimientos, á juzgar por las huellas que en ella estaban marcadas.

En dos pasos se puso á la puerta.

Al verle marchar, de un salto, como el náufrago que se coge á un objeto cualquiera, como el condenado á muerte que aventura la última petición de indulto, desesperada, dió un grito desgarrador, débil como el de un niño, despues de las fuerzas gastadas en manifestar su agradecimiento á Yanski de una manera tan enérgica, despues de aquella sentencia de muerte, tan despiadada como el último suspiro de la Tisza su madre.

—¡Ah!—exclamó Marsa.—¡Yo os lo suplico, escuchadme!

—¿El qué?—dijo Andras, deteniéndose.—¿Qué teneis que decirme?

—Nada... nada. Pero perdonadme, ¡ah! perdonadme. Ya que os he visto, ¡perdonad, perdonad! y que, por lo menos, me vaya llevándome de vos una palabra que no sea de condenacion.

—Podria perdonar—dijo Andras—pero me seria imposible olvidar.

—Yo no os he pedido que olvidárais, no os pido que olvideis.... Pues qué, ¿es posible olvidar?... ¡Y sin embargo, sí, se llega á olvidar; sí, se olvida! ¡Yo os juro que he sabido olvidar!... De toda mi existencia sólo vos teneis vida para mí; no conozco á nadie más que á vos, no amo más que á vos. ¡Solo pienso en vos!

Andras, sin atreverse á marchar, temblaba y se sentia conmovido hasta lo más profundo de su corazon por aquella voz seductora, por aquella voz aderable que en tanto tiempo no habia escuchado.

—No era preciso que se derramara sangre para dar por muerto aquel odioso pasado—añadió Marsa.—¡Ah! ¡cómo lo he expiado! En el mundo no ha habido un ser que haya sufrido lo que yo. ¡Como yo, que habiéndoos encontrado, os perdí!

Hablando así, miraba á Zilah con ardiente passion, lo mismo que los creyentes adorando á su Dios.

—No habeis sufrido tanto como aquel á quien habeis herido, Marsa. Este hombre no tenia más que un amor en el mundo, y ese érais vos. Este hombre, si le hubiérais manifestado vuestros sufrimientos y confiado vuestros secretos, hubiera sido capaz de perdonaros. Pero le habeis engañado. Y hay alguna cosa más baja que el mismo crimen, y es la mentira.

—¡Y yo odio la mentira, la desprecio!—exclamó la tzigana.—Y hasta quisiera que me arrancasen las niñas y la lengua por haber mentido.

En la altivez de la tzigana vibraba el acento de la verdad, y en labios de la hija de la Pusza, rusa y húngara á la vez, aquellos gritos trágicos eran la fiel espresion de aquella naturaleza escepcional, nerviosa y atrevida.

Andras la oía conmovido hasta lo más íntimo de su ser.

—¿Qué queriais que hiciese yo?—decia.—¿Qué

quereis que haga? ¡Morir! Sí, eso era lo que yo deseaba: morir por vos, morir poniendo mi cuerpo entre vuestro pecho y las balas, espiando mi vida con este sacrificio, que seria mi delicia, mi vehemente aspiracion. ¡Ah! Os lo juro: hubiera sido dichosa muriendo como murió una de las princesas que llevaron vuestro nombre. Pero ya no hay combates. Mi sangre es inútil. Por eso quiero sacrificar mi vida de otro modo, oscuramente, en la soledad de un claustro.

—¿Vos?

—Sí, y así no habré sido ni amante, porque yo no amé, sino que creí amar, y fui una loca, una insensata; y esto lo conozco ahora que sé lo que es una pasión verdadera, la pasión que llena toda una existencia; la única profunda y verdadera; yo no habré sido ni amante, ni esposa, nada, una reclusa, una prisionera. ¡Tanto mejor!... ¡Si la prision, la celda, la muerte en medio de una vida que se arrastra lánguidamente! Por lo menos, yo deseo este castigo, y quiero que mi sentencia la dicteis vos, que seais vos quien me diga que soy libre para desaparecer, y que vos me lo ordeneis... pero diciéndome antes que me perdonais...

—¿Yo?

En los ojos de Marsa habia una exaltacion sincera, un deseo vehemente de sacrificio, una sed de martirio.

—¿Quereis entrar en un convento?—preguntó Andras.

—¡En el más frio y triste que haya! En esta tumba encerraré, con vuestra condenacion y

vuestro adios, el amargo sentimiento de mi amor, el peso de mis remordimientos.

¡El convento! La idea aquella causaba á Zilah una impresion extraña de inquietud y un terror invencible que hacia arder febrilmente su sangre.

En su mente se retrataba la terrible escena en que Marsa se separaba del mundo para encerrarse en el claustro. Le parecia oír la voz del sacerdote dirigiendo á la profesante las crueles palabras que son como la paletada de tierra que se arroja sobre el cadáver al darle sepultura. Casi oía el frio chirrido de las tijeras cortando aquella preciosa cabellera negra, cuyo embriagador perfume aspiraba Zilah.

Arrodillada á sus piés, Marsa aparecia soberbia á pesar de su dolor, y al bajar sus ojos, fijándolos en aquella desgraciada y abatida mujer, Andras admiró aquel cuerpo y aquel talle encantador; y cuando ella levantó sus ojos enrojecidos, Zilah descubrió en ellos la llama que ardia aún á través de las lágrimas.

Toda su pasión torturada, toda su contenida juventud, todo su amor, se duplicaban, acariciando una vehemente tentacion: retener aquella mujer, disputar aquella preciosa carne al convento, arrebatár aquella belleza á la muerte del claustro, aquel encanto, aquella poesia, aquella penitente absuelta por el remordimiento.

Arrepentida, llorando, suplicando, retorciéndose las manos, Marsa se arrastaba, pidiendo solo el perdon, una palabra, una sola palabra de piedad, y la libertad de encerrarse para siempre en una celda.

—Segun eso—dijo Andras bruscamente—¿no os asusta la prision?

—Nada me asusta más que vuestro desprecio.

—¿Viviriais lejos de Paris, lejos de la sociedad, lejos de todos?

—En una perrera, bajo el látigo de un guardián, mendigando el sustento, acarreando piedras, siempre que vos me dijerais: «¡Haced esto como expiacion!»

—¡Pues bien!—esclamó Andras con el labio agitado y abrasado por la fiebre.—¡Vivir en el fondo de nuestra Hungria, olvidando, olvidada, oculta, desconocida, lejos de todos, lejos de Paris, lejos del ruido, lejos del mundo, haciendo la vida para los dos, que será una vida nueva: ¿quereis?

Ella le miraba azorada, sin darse cuenta de lo que oia, temblando que al expresarse de aquella manera se burlase de su dolor y de su alegría.

—¿Quieres?—siguió diciendo á la vez que la estrechaba frenéticamente entre sus brazos, y que su labio de fuego buscaba el labio glacial de Marsa, medio desfallecida.

Y como el amor y como el perdon, de sus labios salió un *ramos!* sellado con un beso de delirante pasión.

XXXIV

Sin que se entibiara en lo más mínimo el arrebatado de aquel amor que llenaba su vida, al día siguiente Andras condujo á Marsa á su antiguo castillo de Hungria, á aquel castillo que, confiscado por el Austria y devuelto á su propietario cuando este imperio adoptó la política de asimilacion, Zilah no habia visitado una vez siquiera despues de su rescate, no queriendo ver nuevamente hasta entonces aquella tierra regada con sangre.

Huía de Paris buscando en aquel rincon una pura existencia de aquella virginidad que habia creído perdida. Volvia á su Hungria libertada, al país en que pasó su juventud, á la patria de las inmensas llanuras.

Vestido de magnate, pasaba arrogante por delante de los aldeanos que le habian conocido de niño, que se habian batido á sus órdenes y á quienes saludaba por sus nombres, reconociendo á algunos compañeros suyos entre aquellas buenas gentes que tenian la cara tostada por el sol y los cabellos encanecidos.

Acompañó á Marsa, toda temblorosa, feliz y conmovida, á la puerta del castillo, donde le presentaron la *tschouttora*, la copa húngara, con el

vino de honor y los *notis* y pasteles de maiz y crema con que se celebraba su venida.

En los prados de los alrededores del castillo, los pastores *tchikos*, que habían venido á caballo para saludar al príncipe, bebían aguardiente de manzanas y rociaban con vino sus *kakostas* y jamones de Temesvar. De las granjas y de las lejanas putzas habían acudido labradores montados que, con sus gorros nacionales, parecían guerreros, y que festejaban la vuelta de Zilah, del hijo de aquella Zi'ah cuya historia gloriosa les era tan conocida, con ruidosas danzas que bailaban golpeando con sus talones, guarnecidos de planchas metálicas para que el estrépito fuese mayor. Las chaquetillas azules bordadas de amarillo, de encarnado ó de oro se lanzaban al aire, y hasta del suelo de aquella Hungría parecían brotar nuevas flores y de sus hijos cantos desconocidos que celebraban la presencia del príncipe Andras y de la princesa Zilah.

Andras entró acompañado de Marsa en la morada de sus antepasados

Y en los grandes salones cubiertos de tapices y de cuadros que los vencedores habían respetado, ante aquellos retratos de magnates soberbios y arrogantes, con sus uniformes de húsar, el sable al costado y el bigote retorcido, ostentando todos ellos aquel rasgo de ruda franqueza que los había caracterizado, Marsa Laazlo, que conocía perfectamente á aquellos héroes de su país, á aquellos príncipes Zilah muertos en los campos de batalla en presencia de Ferency Zilah, en presencia de Sandor, en presencia de las

princesas Zilah que hacia tanto tiempo descansaban en sus tumbas, y que no poseían en más alto grado que ella la altivez del gran nombre que habían llevado, Marsa Laazlo decía al último de aquella raza, á Andras Zilah:

—¿Sabeis por qué, igualando á esos en valor y abnegacion, sois vos superior á ellos? ¡Por qué sois bueno!... ¡Tan bueno como ellos valientes!... A sus virtudes, vos, perdonando, unís otra virtud que sólo en vos existe: ¡la piedad!

Humildemente la tzigana levantaba sus ojos para que Zilah viese en el fondo de ellos, que tan solo existía su imagen y su nombre. Se pegaba á él con una especie de cariño inquieto, con timidez, como una extraña delante de aquellos antepasados que parecían preguntarse si la recién venida era de la familia. Y él, atrayéndola, estrechándola contra su corazón, que se le escapaba del pecho, inclinándose sobre Marsa, á cuyos ojos se agolpaban las lágrimas, decía:

—¡No, yo no soy mejor que esos héroes superiores. La compasion no es mi virtud, Marsa, es hija de mi amor. ¡Y yo te amo!

Sí, ciertamente la amaba, la amaba con toda la fuerza de un amor sin rival. La amaba olvidándolo todo, no viendo más que la delicada sonrisa de Marsa, que era para él una poesía del infinito en la que se descubría el recuerdo de la eternidad. La amaba sin pensar más que en aquella mujer, en la posesion de aquel encanto, en aquella embriaguez de las primeras caricias, en aquel sueño de amor realizado en el ambiente de la adorada patria. La amaba sin ocuparse

siquiera en contestar las cartas que desde París le escribía la barenesa Dinati, siempre alegre y afectuosa, sin responder á las serias invitaciones de sus compatriotas, que deseaban utilizar en favor de su país, ahora que estaba entre ellos, la inteligencia superior del Príncipe, así como éste había utilizado en otro tiempo su valor.

—«El momento es decisivo—le decían sus antiguos amigos.—Se quiera resucitar en Hungría, en contra de los rusos, con quienes nos unen vínculos de simpatía, el recuerdo de combates y de odios olvidados, y todo favoreciendo la alianza alemana, lo cual repugna á nuestra raza. Apoyad nuestra causa con vuestro nombre y vuestro valor. Entrad á formar parte de la Dieta húngara. En ella ocupareis el primer puesto, lo mismo que en otro tiempo en la guerra.»

Y Andras sonreía.

—¡Sin embargo, si fuese yo ambicioso!—le decía á Marsa, muy risueño.

Luego añadía:

—¡Pero no, yo no ambiciono más que tu felicidad!

¡La felicidad de Marsa! Era completa, dulce y tranquila como un lago. Parecía á la tzigana que dormía un hermoso sueño, un sueño pacífico, reposado y suave como la brisa. Se abandonaba á aquella alegría profunda con las ilusiones de un niño. Tenía la confianza de no sufrir ninguna decepción, de no despertar de aquel sueño.

Se terminaría con toda la seducción de su poesía.

Marsa conocía, y lo veía resignada, que no

iba á sobrevivir á la inmensa alegría que el destino le había otorgado. No se indignaba contra aquella sentencia. La encontraba suave y justa. Jamás deseó otro desenlace á su amor. Morir amada. Morir con el último beso de perdón recibido de los labios de Andras, pasar dulcemente de los brazos de su adorado á los brazos de la muerte y dormir sonriendo el sueño eterno. ¡Acaso ella, la hija de la tzigana, pudo desear nada más envidiable al acariciar sus risueñas esperanzas?

Cuando las gentes del castillo la saludaban con el nombre de *princesa*, que era el suyo, súbitamente se estremecía cual si usurpase aquel título; quería ser para el Príncipe siempre Marsa, la Marsa agradecida como una esclava que le miraba con sus grandes ojos llenos de reconocimiento y de amor. Únicamente quería ser esto. En aquella antigua morada de los Zilah, cuna de soldados, nido de águila se consideraba extranjera. Pero luego se consolaba diciendo sonriente:

—¡Qué importa para tan poco tiempo!...

Un día, el príncipe Andras recibió de Viena un pliego sellado. El ministro Ladany instaba vivamente á Zilah á que fuese á la capital de Austria y presentara en los salones de Viena á la princesa Zilah, cuya hermosura era muy ponderada por la colonia austriaca de París. Marsa preguntó al Príncipe qué era lo que contenía aquella misiva.

—Nada. Una invitación para que abandonemos nuestro retiro. Estamos tan bien aquí...

Marsa no preguntó más, pero se le ocurrió pensar que nunca obligaría al príncipe á que la llevase á aquella corte que le reclamaba. Para ella, á sus ojos, siempre era la tzigana, y aunque Meuko hubiera muerto, jamás consentiría que Zilah la presentase en una sociedad que pudo haber conocido al conde Miguel.

¡No, no, permanecerían arrinconadas en el olvido ideal, en el fondo del castillo, mirándose mutuamente en sus ojos, él viviendo solo por ella, ella no respirando más que para él, y dejarían al mundo con sus seducciones y sus escándalos, sus falsas alegrías y sus amistades mentidas! No pedirían á la vida más que lo que tiene de verdadero: una pausa entre dos pruebas, una alegría entre dos sollozos. ¡Y amarse!... tal era su ambición.

Amarse hasta que llegara el momento de aquella separación que ella sentía venir, hasta aquel fin que se aproximaba, puesto que ya su cuerpo enfermo no era más que la diáfana prisión de su alma. No se quejaba, y deliciosamente se sentía como deslizar con inefable dulzura hacia aquella tierra, desde la cual, en el último beso, en el postrer suspiro, daría á Andras su ¡adios!

Zilah la encontraba cada día más pálida, más débil, asustándose de verla en aquel estado, pero confiando no obstante en que pasado el invierno, tan rudo en aquel país, Marsa recuperaría sus fuerzas. Un médico de Viena, que había sido llamado para visitar á la tzigana, luchaba en vano con acierto é inteligencia contra la

pertinaz dolencia que aquella sufría. La anemia, la languidez, la imposibilidad de vivir en aquel clima glacial, obligaban á Marsa á permanecer días enteros sin separarse de la chimenea, en la cual ardian grandes troncos de encina. Andras miraba los frios piecitos de la joven apoyados en el hierro de los morillos, y observaba como, en medio de los vivos colores que la llama hacia asomar á las mejillas de Marsa, brillaban sus grandes ojos, diciéndose que ella viviría, y viviría feliz sin duda alguna.

La primavera se aproximaba con su lozanía, los árboles cubiertos de flor, los rosales con sus capullos, el tibio ambiente perfumado con el aroma de las plantas y la suave brisa acompañando los trinos de los pájaros.

Mirando desde su ventana toda aquella exuberancia de vida que presentaban los campos con su fondo de fresca verdura y matices de oro ó de brillante plata, Marsa decía á Andras:

—¡Qué hermoso tiempo debe hacer en Maissons, en el valle de las violetas!

Pero añadía en seguida:

—¡Estamos mejor aquí, mucho mejor! Me parece que toda mi vida la he pasado en este hermoso castillo, en el cual me habeis recogido, como si fuese una pobre golondrina impelida por el viento...

Bajo la ventana se veía una senda á la cual alguna vez la luz del sol daba cierto remoto parecido á un río. Marsa fijaba muchas veces su mirada en aquel camino como si viese la barcaza que había contemplado el día del almuerzo

á bordo de aquel vapor en el Sena, y como si por allí fuese á aparecer alguna tribu de tziganos.

—¡Me alegraría—dijo un día á Andras—oir los aires que ejecutaban en otro tiempo los míos!

A pesar de la primavera, ella se encontraba más débil que nunca. Los primeros calores de la atmósfera le producían una sensación dulce. Se sentía la cabeza pesada, y en todo su cuerpo una plácida languidez. Hubiera querido dormirse así, en el primer sol brillante.

El doctor se mostraba más inquieto al observar aquella especie de entusiasmo con que Marsa decía:

—¡Qué delicioso!

Al oírlo el médico, decía á Andras.

—Esto es grave.

El príncipe sufrió con aquello un nuevo golpe, que se juntaba á los muchos que había tenido en su vida.

Le parecía á Andras que el hecho de haber suplicado, pocos días antes, á Yanski Varhely que viniese á pasar una temporada con ellos, había sido como el presentimiento de una nueva desgracia. Necesitaba tener á su lado al íntimo amigo, y sabiéndolo, el conde no tardó en acudir al llamamiento.

Varhely quedó asustado al ver el profundo cambio que en tan poco tiempo se había operado en la fisonomía de Marsa. En siete meses, su expresión era muy distinta, y aunque en su rostro quedaban los rasgos de belleza, aparecía desfigurada por su gran demacración y como trasparente. Cuando le tendió su marecita, blan-

ca como la escayola, Varhely notó que quemaba; tenía la piel seca y ardorosa.

—¡Bueno! mi querido conde—dijo Marsa medio tendida, sin moverse de su butaca—¿qué noticias me dais del general Vogotzine?

—El general está bien... Espera volver á Rusia... El czar no ha contestado negativamente á la solicitud que le dirigió.

—¡Ah! cuánto me alegro—dijo la joven con voz muy débil.—Debe aburrirse extraordinariamente en aquel parque el pobre Vogotzine...

—Fuma, bebe, pasea sus perros...

¡Los perros! Aquel recuerdo hizo temblar á Marsa. ¡Ellos sobrevivirían á Meuko, á ella misma, á aquel amor que en aquellos momentos saboreaba como la única alegría de su vida!...

Maquinalmente sus labios murmuraron en voz baja, que nadie debió oír:

—*Ortog... Bundas...*

Y continuó:

—Desearía que el pobre general pudiese volver á San Petersburgo ó á Odessa... En ninguna parte se está mejor que en su casa... en su país... Si supierais, Varhely, qué feliz soy... qué feliz, con haber vuelto á Hungría... ¡A nuestra casa!

Marsa estaba muy débil. El doctor hizo una seña á Andras para que la dejasen un momento.

—¿Qué?—preguntó con ansiedad á Varhely el príncipe.—¿Cómo la encontráis?

—¿Qué opina el médico?—replicó Yanski.—¿Espera salvarla?

Zilah no dijo una palabra. En la pregunta de

Varhely se encontraba la más cruel contestación que podía darse.

Anonadado en su butaca, el príncipe dejó desbordar su corazón, hablando con el viejo Yanski, que estaba sentado cerca de él y con la cabeza descubierta.—¡De modo, que se muere!... ¡La soledad! ¡A esto he venido á parar!... Después de tantas decepciones sufridas y tantas lágrimas derramadas, éste era el desenlace que me estaba reservado: una fosa abierta una hora fúnebre donde sepultar mis esperanzas!—¿Qué le quedaba ahora ya? A la edad en que no es posible defenderse contra la suerte, el amor el único amor de su vida se lo arrebataba el destino. Varhely había cumplido un acto de justicia y Zilah había perdonado. ¿Para qué? Para los dos juntos velar una difunta. Si, si, ¿qué quedaba ya para él en el mundo?

—¿Que qué os queda después de morir ella?—dijo tranquilamente el viejo Yanski.—Os queda lo que teniais á los veinte años, lo que no muere jamás. Os queda lo que constituye el amor y la pasión de todos aquellos príncipes Zilah que descansan bajo nuestros piés, y que padecieron los mismos sufrimientos, las mismas contrariedades y las mismas desesperaciones que vos habeis sufrido. Os queda, mi querido Andras, nuestro primer amor, ¡la patria!

Al día siguiente llegaron al castillo los músicos tziganos que el Príncipe había mandado buscar. Marsa se sintió como reanimada al oír la estridente música de las *czardas*. Ansiaba el oír aquellas armonías, aquellos cantos que le

llegaban al corazón y que en aquel momento escuchaba teniendo entre sus febriles manos, y apretándola apasionadamente, la mano de Andras. Por la ventana abierta, el viento lanzaba al espacio las notas del *Himno Racoockzy*, como allá en París, en aquella mañana de junio, sobre aquel barco que conducía á los novios á lo largo del Sena.

Notas heroicas, canciones de triunfos, grito de combate, ruido de galopes, canto de victoria: tales eran los aires que saludaban la partida del barco engalanado en el cual se celebraban fastuosamente sus esponsales. Esta era la música que interpretaban los tziganos en aquella noche de duelo en que se dió sepultura al padre de Andras en el suelo de Athla.

—Quisiera—dijo Marsa cuando acabaron de tocar aquel himno—hacer un viaje al pueblecillo donde descansan los restos de mi madre... ¡Ella también fué tzigana!... ¡como ellos... como yo!... ¿Me será posible, doctor?

El médico meneó la cabeza.

—¡Oh, princesa! todavía no... más tarde cuando avance el tiempo y haya más sol...

—¿Pues qué eso no es sol?—dijo Marsa señalando los brillantes rayos del sol de abril que penetraban por la ventana en aquella sala feudal.

—Ese es sol de abril, y alguna vez perjudica á...

El doctor se detuvo buscando una palabra, y como tardase en terminar la frase interrumpida, Marsa dijo tranquilamente y sonriendo, más aun que resignada, feliz:

—A los moribundos, ¿no es verdad?

Andras se estremeció; pero en la mano de Marsa que sostenía la suya, no había notado el más ligero temblor.

El viejo Varhely, más conmovido que el día de su desafío con Meuko, sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Ella sabía que iba á morir. Lo sabía y sonreía sin embargo ante la muerte. La muerte, arrebatando aquel cuerpo, lo purificaba. El recuerdo de Marsa quedaría en Andras como el recuerdo sagrado de una adorada sin mancha. Moría sin tener que cumplir aquel juramento que se hizo de no sobrevivir á la realización de su soñada felicidad ó á la unión deseada y aceptada por ella. Sí, bien venida era aquella muerte dulce y querida que, arrancándola de Andras en el apogeo de su amor, la dejaba sin mancilla.

Entonces, aproximando sus labios al oído de Zilah, continuando su apasionada declaración no interrumpida, que venía á ser como el testamento de la tzigana, repetía:

—¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo! Y muero contenta, porque estoy convencida de que tú me amarás siempre. ¿Acaso podría yo vivir? ¿Pues qué no hay un espectro entre tí y tu Marsa? Medita sobre esto.

Zilah, que estaba próximo á la butaca en que se hallaba Marsa medio tendida, hizo un movimiento negativo con la cabeza, no pudiendo hablar porque las palabras se convertían en sollozos.

—¡Oh, no lo niegues!—decía la tzigana.—Ya sé

que ahora no; pero más adelante, aquí en la soledad de nuestro amor ¿quién sabe?... Por el contrario, mira, de hoy en adelante no verás á tu lado otra imagen que la de tu Marsa... Segura estoy de que siempre me tendrás á tu lado, si, siempre, eternamente, amado mio.... ¡Muerte querida! ¡Muerte bendita! Ella hace nuestro amor infinito, sí, infinito... ¡Te amo! ¡te amo!

Luego manifestó deseos de ver una vez más, por las ventanas abiertas de la habitación, los bosques bañados por el sol, así como la naciente vegetación primaveral. Allá, tras de aquellos bosques, á algunas leguas de distancia, se encontraba el lugar donde dormía la Tisza.

—Desearía descansar á su lado—dijo la tzigana.—Aquí no soy de la familia, ya ves... ¡Vamos! ¡princesa yo, adorado mio?... ¿tu mujer? Yo he sido sólo tu amor!

Andras, más blanco que la moribunda, parecía petrificado ante la proximidad del dolor inevitable, de la agonía que se veía venir.

Al mismo tiempo los tziganos se alejaban tocando la sinfonía de Jean de Nemeth, aquel aire lastimero, penetrante y melancólico, impregnado de sollozos y dulce como un suspiro, que tantas veces había interpretado Marsa en otro tiempo, *Sólo hay una hermosa en el mundo.*

Y Zilah, deshaciéndose en lágrimas y sintiendo hacerse pedazos su corazón, le repetía:

—¡Sí, no hay ninguna más que tú, Marsa! ¡que tú, mi amada querida, tú, sólo tú!... ¡Vive para mí! ¡ámame, Marsa, mi único amor!

Oyéndolo, una expresión de viva alegría se di-

bujó en el hermoso semblante de la tzigana, como si en aquellas lágrimas de Zilah leyese, con el perdón todo el amor, todo el cariño infinito de aquel hombre. Apoyando sus manecitas en el hierro del balcón, Marsa se incorporó, y como un pájaro fuera del nido, inclinó la cabeza, que hacia pesada el sueño, el sueño tranquilo y sin ensueños hacia el Príncipe, presentándole sus dulces labios, y al sentir el beso depositado en ellos por Andras, dijo con voz tan apagada que apenas se la pudo oír:

—¡No me olvides! ¡no me olvides jamás, amado mío!

Después, medio oculta entre la espesa cabellera, dejó caer su cabeza sobre el hombro del Príncipe, permaneciendo allí, inclinada, como si fuese un niño dormido, ostentando en su puro y artístico perfil amorosa y tranquila sonrisa.

Entretanto allá abajo, como en otro tiempo, habían saludado al príncipe Sandor, tendido en su fúnebre fosa, los tziganos volvían á tocar valientemente la marcha heroica de la libre Hungría, enviando con aquel canto el último adiós á la muerte, del mismo modo que el sol reflejaba su último beso.

Entonces, y mientras se alejaban los ecos de aquel himno, dulce como un suspiro, Andras Zilah, dejando cuidadosamente sobre la butaca el esbelto y como adormecido cuerpo de la tzigana, se arrodilló diciendo:

—Desde hoy, mi pobre tzigana, no amaré ya más que lo que tú amaste tanto: ¡no amaré más que á la tierra donde tú vas á dormir!

EL COSMOS EDITORIAL.

ARCO DE SANTA MARIA, 4.

Obras que son propiedad de esta casa y se hallan de venta en las principales librerías.

OBRAS DE ADOLFO BELOT (1)

Loca de amor.—Versión castellana de Juan J. de la Cerda; un tomo en 8.º mayor de 334 páginas, 2,50.

La culebra (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50.

Las corbatas blancas.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana de Pedro Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50.

La pecadora.—Versión castellana de P. San Roman: un tomo en 8.º mayor de 346 páginas, 2,50.

Una luna de miel en Monte-Carlo.—Ilustrada con varias láminas 3 y 3'50.

Melinita.—Versión castellana de H. Regin: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 y 3.

OBRAS DE JORGE OHNET

Lise Fleurón.—Versión castellana de José de Olive: un tomo en 8.º mayor de 328 páginas, 2,50.

El gran margal.—Versión castellana de J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 480 páginas, 3.

Las señoras de Croix-Mort.—Versión castellana

(1) En todas las obras contenidas en el presente catálogo, el precio, menor que se les asigna, es el de las obras encuadernadas á la rústica, y el precio mayor, el de las obras encuadernadas en tela, tratándose de novelas y de obras literarias, y en pasta española, tratándose de obras de medicina. Los precios son por pesetas.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4. bajo Madrid, acompañando el importe en letras de fácil cobro, libranzas del Giro mútuo, sellos de Correos de la Península ó billetes de los Bancos: de España Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes, es preciso certificar las cartas.